

gas y Urbinas; mezcla inverosímil de orgullo y de miseria, de debilidad y de fortaleza. Esteban es el último vástago de esa rama que se desgaja de un tronco viejo, que viene á tierra, seca y lacia. Ayúdame tú, dame fuerzas si en un momento me faltan. Tal vez esté en mi mano dar nueva vida á la raza noble, al tronco viejo.

Y mirándole con ansiedad le preguntó:

—Antolín, ¿es grande mi idea?

—Yo no veo tu idea.

—Pues vas á verla, clara, deslumbradora.

—¿Qué locura sueñas?

—¡Locuras y sueños! Lo único que vale la pena de sufrir la vida. Cuando te sientas en el patinejo á pedir limosna, ¿qué haces, Antolín? Sueñas, deliras; te apartas del mundo que nos rodea; sufres, pero gozas. Pues eso quiero yo también; subiremos tú y yo juntos un calvario doloroso. ¡Te juro que una de las Sagrarios está enamorada de Esteban! Pues Esteban lo sabrá mañana mismo, y se lo diré yo misma, yo en persona. ¡El placer de decirse-lo no me lo arrebatara nadie en este mundo!

#### CAPÍTULO IV

Dos ó tres días pasó el Sr. Torrecilla entre la vida y la muerte; al fin, se decidió por la vida; agarróse como lapa á ella, con ansia infinita de seguir presenciando, desde el altozano de las Vistillas, los acontecimientos de este mundo. Pareció en los primeros días estar contento de no haber fallecido, mostrándose como nunca amante de su esposa y de sus hijas; tuvo con ellas verdaderos arrebatos de ternura: ellas, en cambio, andaban mustias y cabizcaídas, hablaban poco ó no hablaban nada. Don Trifilo, por el contrario, mostróse locuaz y verboso como nunca, y eso que las palabras se formaban torpemente, con dificultades que antes no existían; parecióle la lengua como pieza de una maquinaria enmohecida, falta de engrase, que funciona con torpeza y rechinando. Tal vez por esto esforzábale don Trifilo en ejercitarla, para que, con el ejercicio, funcionara como había funcionado siempre, libre y expedita. Dióse el caso de hallarle Guillermina más de una vez hablando solo. Tal era el espíritu parlanchín de que dió muestras al volver á la vida.

Pocas molestias ocasionaba esto á las mujeres de la casa. Al fin y al cabo, don Trifilo, charlador lo había sido siempre, aunque no tanto. Lo más grave fué el deterioro de su persona; todo el lado izquierdo quedóse paralizado, rígido, inútil. Sólo la mitad de su cuerpo regía con natural desenvoltura y facilidad de movimientos; la otra mitad parecía haber tomado á mal la vuelta á este mundo y quedóse como si ya estuviese muerta.

Tenían que vestirle; y arrastrando, penosamente, llevarlo á una butaca que situaban á la vera de un balcón para distraerle viendo el ancho paisaje, su sierra querida.

En cuanto el buen señor mostró, en su inesperada y sorprendente mejoría, estar dispuesto á continuar otra temporada más en

este mundo, su hijo, una mañanita, sin decir palabra, muy quedo, salió de la casa paterna y dando golpecitos por las aceras con su nudosa cayada fué á presentarse en casa de Serafina.

Y una vez en ella, notó sensación de mucho cansancio, como si volviese de un largo viaje; las violentas impresiones, las malas y desveladas noches, la zozobra, la incertidumbre, la congoja de las penosas horas transcurridas le tenían brumado y desvaído.

Serafina, que aun no había salido á sus mundanos y complejos negocios, aconsejóle amorosamente que se metiese en la cama, y así lo hizo el ciego, durmiéndose tan profundamente que casi el día lo empalmó con la noche.

Al despertar hallóse en estado de espíritu tan plácido que parecía estar vagando por una región celeste que debiera corresponder al lugar en donde reposan las almas sencillas, buenas, afables.

Entró á verle Serafina. Preguntóle el ciego qué hora era y le respondió:

—Muy tarde.

Pero Antolín no supo definir qué era aquello de muy tarde; lo mismo podía ser medio día que media noche.

—¿Pero en qué hora vivimos?

—Son las siete.

—¿Las siete de qué?

—Las siete de la tarde.

El inmenso sueño le había borrado la noción del mundo; y cosa singular: hubo instantes en que su memoria le mentía de tan descarada manera que le hizo ver á su padre muerto. Reaccionaba pronto contra tan grosero engaño, pero luego, al menor descuido de la voluntad, volvía la memoria burlona, bromista, á hacer de las suyas.

Cuando Serafina le preguntó detalles del mal de su padre, no supo, así de golpe, dar una contestación firme; dudó, vaciló y al fin salió del paso con cuatro palabras incoherentes y vagas.

Parecía que aquel hombre vivía otro mundo distinto de este mundo; su ceguera le aislaba de un modo lento, tenaz, de las pequeñas cosas terrenas; las largas horas pasadas en el patio de la

iglesia, acurrucado al pie de la acacia, habían desarrollado en él un poder de idealización maravilloso. El trabajo de su mente en aquellas horas dió por resultado unas alas grandes, potentes, que al abrirse, de tres aletazos le elevaban á mil metros de altura sobre el mundo.

Con un hombre así no es fácil que se entiendan pronto los mortales que marchan á ras del suelo. Sus escapatorias hacia la región de las nubes, tan rápidas, tan inesperadas y tan frecuentes, dejaban con la boca abierta al que con él hablase.

Sin embargo, Serafina, mujer experta en el trato de sus semejantes, sacaba maravilloso partido de todo esto, convirtiendo la idealización del ciegucecito en instrumento de sus manipulaciones.

Hablóle largamente de sus negocios, del rumbo que habían seguido en los días de su ausencia, y hablando de esto, con astucia mañosa, rozó levemente el tema de los amoríos de Esteban.

No había duda: entraban éstos en la amplia órbita de sus manipulaciones. Sucédiale á aquella mujer lo que á todos los grandes emprendedores: por práctico que sea su talento, llegan á un punto en que no les sacian los materiales triunfos, aspiran á intervenir en otra clase de manejos; van á ellos engañándose á sí mismos, creyendo de buena fe que los impulsa la misma fuerza que los impulsó siempre, y así Serafina pensaba ampliar el círculo de sus empresas logrando meterse de rondón en las más empingoradas y linajudas casas. Nada de eso; allá en el fondo de su mente estaba claro el convencimiento de que en aquellas excelsitudes sociales su actividad era la cosa más inútil del mundo y que el campo de sus negocios no se hallaba en las cumbres, sino en las laderas. Ni en lo más alto ni en lo más bajo de la sociedad tenía razón de ser su azacanado oficio.

Por de pronto, Serafina hizo al de Torrecilla una revelación preciosa: las tres nietas de la marquesa del Sagrario habían venido, el día antes precisamente, al taller de Esteban; al taller del *señorito*, decía la antigua servidora de la Urbina; quisieron ver sus últimas obras.

—Te advierto, Antolín, que sorprendí un detalle precioso: las

niñas y el señorito se tutean. Es su trato llano, francote, sencillo, como de personas de muchísima confianza; eso sí, este hombre, siempre en su puesto, encerrado en su cáscara de frialdad imperturbable. Da ira verle. Por supuesto, yo no estuve en la visita; no quise presentarme, pero lo oí todo y además vi algo. Sí, vi algo.

Y al decir que vió algo se expresaba la mujer con regodeo no disimulado; al contrario: su satisfacción restallaba en las palabras. Eran éstas restallidos de gozo.

—¿Con quién vinieron?—preguntó Antolín revelando en su voz una gran indiferencia por aquel asunto.

Preguntó aquello por preguntar algo.

—Hijo, con una señora alta, seca, larga como alabarda. Ni una palabra pude entenderle aunque hablaba castellano. Es, según me dijo el señorito, una inglesa. Todo lo miraron, todo lo revolvieron, todo lo curioseaban, y de todo hacían comentarios; no acababan de marchar nunca. Hablaban las tres á un tiempo; algunas veces, las cuatro, porque también la inglesa picoteaba en su incomprendible jerga. Yo creo que han de volver más tardes.

—Pues bueno; que vuelvan—exclamó el ciego, aún con mayor indiferencia que antes.

Mucho sorprendió á la negociadora aquella actitud de Torrecilla, pero no se atrevió á indagar nada. Es decir: no fué falta de atrevimiento; Serafina á todo se atrevía; fué que en su sagacidad no consideró propicio ni oportuno el momento.

Y así, con agilidad habilidosa, dió repentinamente nuevo rumbo á la charla. Habló de la Urbina. Aquí su voz tocó al registro grave; era casi una voz misteriosa. Notábase pronto que al hablar de doña Leonor era otra mujer distinta; se transformaba.

—¿Y ahora en dónde vive esa buena señora?—preguntó Torrecilla empleando el mismo tono de glacial displicencia.

—Está en un sanatorio—respondió Serafina con profunda tristeza.

—¿Trastornada acaso? ¡Si no sería extraño!

—No digas disparates. Cabeza más firme no la he conocido.

—¿Qué hace allí entonces?

—Está enferma, Antolín, muy enferma. Su vida ha sido una sarta horrible de los más grandes, de los más espantables contratiempos.

—Ya, ya lo sé. Una vida novelesca. Pero podía suceder que el orgullo le hubiera estropeado la cabeza.

—En la cabeza de doña Leonor cabe con desahogo todo el orgullo del mundo.

—¿Y está lejos de Madrid ese sanatorio de que usted habla?

—Está en Madrid mismo. Yo la veo todos los días; pero no quiere que nadie sepa de ella para que á nadie se le ocurra ir á visitarla. Odia el visiteo de gente curiosa, impertinente, entrometida que sólo va á enterarse de vidas ajenas.

—La señora de Urbina comienza á parecerme una señora estimable, llena de buen juicio. Sólo me la hace odiosa su orgullo.

—Y, sin embargo, tú quieres al señorito Esteban, que es otro orgulloso; pero con orgullo petulante, puramente de fanfarria, del que no sirve para nada en el mundo; todo su orgullo viene á tierra el día en que tiene hambre. Doña Leonor ha pasado sin comer días enteros, conservando su vanidad intacta. Convéncete que el ser orgulloso es una de las cosas más difíciles del mundo; en nada se conoce tanto el noble abolengo, la sangre, la raza; yo no puedo ver á las gentes humildes, encogiditas, que no sirven para nada y suelen ser unos grandísimos hipócritas. Te aseguro que estas gentes me ponen nerviosa. Puede que todo esto sea por la costumbre que yo tengo de tratar siempre con personas de la más alta nobleza, llenas de señorío. Aquí donde me tienes, yo nací en un palacio—dijo la industriosa Serafina con palabra hinchada por el orgullo.—Ya mis padres eran servidores de los Urbinas; ya mis abuelos lo habían sido, y al cabo de tres ó cuatro generaciones mira tú en qué vienen á parar las cosas. Si yo ahora volviese la espalda á esta señora, ¿qué merecería?

Conforme aquella mujer hablaba, Torrecilla iba descubriendo en ella nuevos aspectos de su espíritu. Indudablemente era Serafina un ser de sentimientos complejos y un tanto enmarañados que tan pronto salía por el registro de bajas artimañas mercanti-

lescas como se purificaba con la viva lumbre de los afectos puros, de los amores hondos. Tal vez por esto solían decir, y el mismo Aliaga decía muchas veces, que aquella mujer era muy falsa, porque suele parecernos falsedad el recurso imprevisto de un espíritu complejo.

A Antolín lo que se le quedó más fijo de aquella charla serafinesca fué lo del sanatorio. La impresión de esta noticia no dejó de ser dolorosa y durante muchos días no lograba apartarla de la mente.

Hallábanse una tarde en el taller de Aliaga éste y el ciego; el artista trabajaba perezosamente, con lentitud de cansancio muy hondo; Torrecilla, sentado en un rincón, parecía dormitar con indolencia. La escena era triste: dos hombres jóvenes sumidos en la desesperanza.

Hablaban poco y sólo á largos intervalos, como si su conversación saliese á retazos. Todo el taller, que no era muy grande, parecía impregnado de aquella tristeza; era un lúgubre decaimiento de vidas tristes. En ello podía haber hallado el pintor uno de esos asuntos melancólicos, tan favoritos del arte moderno, pero al fin y al cabo lo que él pintaba era también asunto melancólico: otro sol poniente, el crepúsculo de carmín y de oro. Este solemne momento ejercía sobre Aliaga una fuerza de atracción invencible; adivinábanse secretas afinidades entre el sol que se hunde en el ocaso y el espíritu del artista hundido en la postración y en el abatimiento. Aquel trozo de pintura iría luego á aumentar la serie de soles ponientes colgados en las paredes de la sala.

—Antolín—dice Aliaga,—¿cómo va el negocio?

Antolín levanta la cabeza; parece mirar al pintor con sus ojos blancos, tristes. Y se calla; conténtase con aquella ojeada que no ve.

Pasa mucho tiempo, de ese tiempo que no parece volar, sino arrastrarse penosamente. De pronto el ciego da un suspiro.

—¡Ay! ¡Cómo equivocamos todos el camino!

—¿Crees tú que hay para cada hombre muchos caminos?

—Verás tú: cada mortal se halla una vez en una gran encrucijada,

jada, de la que arrancan para aquí y para allá muchos, muchísimos caminos; son sendas, son veredas, son anchas carreteras, son vericuetos. De pronto se mete en uno. ¡Ay! Si no acertó, ya está perdido. Todo el secreto de los grandes hombres está en eso: en que acertaron. No creas tú que es el talento, ni la voluntad, ni la energía la que los eleva; no tal; es que acertaron.

—Mira, Antolín, déjame ahora de tales monsergas. Eres el ser más estrafalario y el hombre más fantástico del mundo; te pasas la vida fantaseando. ¿Cuándo te convencerás de que la vida no es una fantasía?

—Nunca. No hay cosa más fantástica que la vida.

Y después de esta grave sentencia, un poco amarga, volvieron al silencio fosco. Y transcurrido algún tiempo, Aliaga dijo de pronto, como si continuara la charla, al mismo tiempo que manchaba unas nubes carminosas:

—Yo lo que te aseguro es que la vida me importa muy poco; cada vez me importa menos.

—Pues resolución, valor y resolverla de un golpe.

—¿Quieres decir de un tiro?

—De lo que te parezca más cómodo.

Miró Aliaga á Torrecilla con fijeza que, de ser vista por el infeliz, le hubiese hecho bajar los ojos.

Oyeron en las profundidades de la casa un campanillazo recio; siguióle otro inmediatamente, más recio todavía.

—Vete á abrir—dijo Esteban.

—No; está Serafina.

Llegábase al taller por un largo corredor estrecho y oscuro; al final de él, cuatro escalones muy altos daban acceso al estudio. La puerta era pequeña, baja.

Resonó en el corredor una algarabía de palabras y de risas; eran como muchas penetrantes voces juntas y como muchas risas juveniles al mismo tiempo. Sobre toda esta confusión alegre sobresalió la voz de Serafina diciendo con zalamero tono:

—Sí que está; pasen ustedes... Pasen, pasen.

Esteban y Antolín escucharon sigilosos. De un golpetazo se

abrió la puerta del taller y Serafina anunció la visita de las señoritas de Sagrario, y aún no había acabado de anunciarlo cuando hicieron irrupción en el estudio las tres nietas de la marquesa.

Su primer movimiento fué de confianza; dirigiéronse las tres hacia el caballete en donde Aliaga tenía su obra: el sol poniente. Al advertir la presencia de un desconocido, se quedaron cohibidas, perplejas.

Antolín estaba en pie, pero sin moverse del rincón del estudio. Ellas le miraron mucho, con una curiosidad impertinente de tan recelosa. Antolín comprendió lo que acontecía por el repentino silencio que sucedió al rebullicio de la entrada.

También él sintió una confusión extraña, mezcla sutil de muy diversos y aun de muy encontrados sentimientos: era la vez primera que él se hallaba cerca de aquellas niñas de las que oyó hablar y de las que él mismo habló tantas veces. Sus ojos parecían mirarlas fijamente. De pronto acordóse Antolín de que él no era otra cosa que un mendigo y aquellas muchachas tres ramas gentiles y floridas de un tronco linajudo, pero aconteció que este recuerdo, en vez de turbarle y empequeñecerle, dióle confianza y firmeza; toda su confusión quedó disipada.

Ya las niñas, entre tanto, acercándose á Esteban, le habían preguntado quién era aquel hombre. Hicieron la indagatoria con sigilo y discreción tan grandes, que más que con los labios preguntaron con los ojos.

Cuando Aliaga les dijo quién era aquel infeliz muchacho, volvieron á mirarle, pero ahora fué con piedad honda, con lástima tierna.

Acercáronse á él. Sentíalas el ciego que se acercaban; oía ese rumor blando, suave, femenino, de las señoras que en el patinejo de la iglesia se le acercaban para darle limosna ó decirle un recado.

—Antolín—dijo Esteban,—las señoritas de Sagrario quieren saludarte.

Las tres Sagrarios estaban ya al lado de Antolín. Antolín permaneció rígido, sereno, con su placidez marmórea. Parecía una estatua con sus ojos blancos, yertos, sin expresión de vida.



Dirigiéronse las tres hacia el caballete en donde Aliaga tenía su obra

Oyó que le dirigían un granel de frases llenas de ternura.

—¡Gracias á Dios que le atrapamos!

—Ahora no se nos escapa.

—¿Por qué no quiere usted ir por nuestra casa nunca?

—Guillermina nos cuenta de usted las cosas más extraordinarias.

—¡Las más estupendas!

—Se ha portado usted muy mal con nosotras.

—Malísimamente.

—¡Tanto como nosotras queremos á Guillerma!

Y el ciego, serenamente, sin asomos de aturdimiento ante el aluvión de las Sagrarios, á todo contestaba, grave, tranquilo:

—Es cierto, es cierto.

—Ya lo creo que es cierto—dijo Alma.

—Pensaría usted que íbamos á comerle—dijo Alicia.

—A matarle—añadió Gracia.

—Señoritas—exclamó el ciego con palabra insinuante, de humildad dulce y á la vez firme,—soy un ciegucecito que pide limosna.

—Sí, sí, ya sabemos. Ha dado usted á Guillerma un disgusto enorme.

—Y ella á mí me ha dado otros—dijo el ciego con brío y arranque doloroso.

—¿Otros?—preguntaron las tres Sagrarios mirando á Aliaga, como si de él, más que del ciego, esperasen la respuesta.

Pero ni Aliaga ni su amigo respondieron palabra. Las niñas entonces pusiéronse á mirar la puesta de sol que el artista estaba emborronando. Entretanto Serafina, en un sofá perniquebrado que en el estudio había, púsose á charlar con la dama inglesa, larguirucha, que acompañaba á las Sagrarios. Como no la entendiese una palabra, decidió ser ella sola la que hablase; pero pronto comprendió que era inútil su parloteo, porque tampoco la sajona entendía su habla. Esforzábese en mirarla aquella inglesa con sus ojos de azul claro y tierno, que parecían prontos á convertirse en agua. Dejaron las dos de hablarse sin que por eso la inglesa dejase de mirar atentamente á la española; al contrario: cuan-

to más callaban, más intensamente le clavaba aquellos ojuelos acuosos. Era duro contraste el de aquellos rostros: uno, todo alargado, de tendidas líneas, pálido, rubio; otro, todo repleto de redondeces y de opulentas curvas, enrojecido, semejando á un clavel reventón cuando rompe la corola que aprisiona los pétalos.

Una de las marquesitas llamó á la *miss* diciendo:

—Katcha, vea, vea esto—y mostraba el sol moribundo.

Katcha se levantó de su asiento. Fué como si una larga pértiga, rota en tres partes, se enderezase y se compusiera. Dió tres pasos recios y largos; sacó unos lentes, acaballólos en su nariz fina, suave, delicada, y desde arriba abajo miró muy atentamente el cuadro; Dios sabe lo que hallaría en aquel crepúsculo la sajona; ello es que no cesaba de mirarlo. Serafina quedóse pasmada de que se pudiese mirar tanto tiempo un cuadro é hizo propósitos de mirar en lo sucesivo todos los cuadros de Aliaga, por los que ella siempre había mostrado interés muy escaso. Algo debían tener aquellos lienzos para que la sajona los mirase tanto.

Las Sagrarios revoloteaban por el taller como pájaros aturridos; era, en realidad, una oleada de júbilo metida allí dentro. Antolín oíalas revolotear y algo se removió su genio de hipocondríaco. Una de las tres púsose á su lado y comenzó á hablarle de Guillermina. Dijo que Guillerma podía haber sido una de esas grandes artistas que maravillan al mundo. Antolín asintió á esto, añadiendo frases de desprecio para el vil oficio—así lo dijo,—el vil oficio de dar lecciones.

La Sagrario no se atrevió á replicar nada, pero miró muy atentamente al ciego.

El cual siguió lanzando terribles saetas contra la profesión de su hermana. Hasta que al final exclamó la niña:

—¿Pero usted qué quería, que también Guillerma se pusiese á eso de la limosna?

—No, señorita, no por cierto. Al contrario; yo quería, yo quise siempre que hubiera sido eso que usted dice: una artista que maravillase al mundo; ni más ni menos. Pero ella ¿qué hizo? Rebajarse, abdicar de toda grandeza; tirar el ideal por la ventana.

Habíamos pensado correr el mundo, los dos solos, los dos juntos, y de la noche á la mañana se enamora locamente de un artista de grandes esperanzas. ¿Y para qué se enamora? Para arrastrarle también á la abdicación más vergonzosa; sí, señorita; ¡todos abdican, desertan todos! Sólo yo permanezco firme en mi ideal de hombre libre. Quisieron arrastrarme, convencerme; pero conmigo no pueden.

El asombro que este lenguaje producía en la nieta de la del Sagrario es imponderable. Pero de pronto, como si la sorpresa cediese el puesto á otro sentimiento de más fuerza, preguntó:

—¿De qué artista habla usted?

—De éste.

—¿De Esteban?

—Ese mismo.

—Bien, bien—dijo ella, notando el de Torrecilla en la voz cierto aturdimiento.

Y luego, muy bajo, en íntima confidencia:

—¿De manera que Guillermina y Esteban se querrán mucho?

—Deben de quererse.

—¿Deben?.. ¿No se quieren?

—Sufren, se atormentan... Es porque ven roto el ideal de la vida.

—Y usted, ¿quiere mucho á su amigo?

Notó Antolín que á aquella muchacha sólo parecía interesarle el cariño que entre sí se profesasen los seres. No acertó á responderle puntualmente; si él mismo no lo sabía con certeza; nunca aquella interrogación se la hubiera él hecho; pero ya que la oyó, tuvo que pensarlo.

Mientras tanto, otra de las Sagrarios hablaba con el artista.

Poco á poco la voz del ciego comenzó á elevarse, á dominar sobre todas. Seguía hablando con una de las niñas, pero cada vez se le oía más excitado, más brioso.

La Sagrario que estaba charlando con Esteban le dijo á su amigo:

—¡Si parece que riñen!

—No tengas miedo; ese pobre muchacho se excita, se acalora. Ahí donde le ves, ciego y todo, toma por la vida un interés tan grande que vive más, mucho más que todos nosotros; á veces me parece que todo el fuego que debía brotar de sus ojos se le queda dentro y le abrasa, le requema el alma. Cuando se pone así lo mejor es dejarle; desahoga, descansa. Es lo mismo que esa manía de la limosna: para él es un arte; como para mí el pintar.

—¡Pobre criatura!—dijo Alma compadecida.

—No le compadezcas; es el más feliz de todos nosotros.

—No es posible y no puedo creerlo.

—Es seguro. A veces me da por tenerle envidia.

—¿Tú?.. Esteban, no digas eso.

Y Alma miró á los ojos de Aliaga.

La voz del ciego resonaba ya con tonos ardientes, llenando el ámbito del taller. Todos le miraron, callaban todos; él proseguía sin acordarse ni preocuparse de su público. Era un iluminado, un hombre poseído por una idea interna poderosa, avasalladora, que le tenía subyugado y vencido. Causaba una impresión misteriosa aquel hombre pálido, de palidez mate, con los ojos blanquecinos, alto, grande, cuadrado de hombros, hablando inmóvil, con los largos brazos caídos, de cosas muy extraordinarias y peregrinas.

—El que se deja dominar por el destino considérese muerto. Eso de amores y amoríos es una especie de lepra que corroe las almas; por eso yo sólo ambiciono ser libre sin que nadie me tiranice; sin tiranizarme á mí mismo. Con esto basta. Es odiosa la esclavitud que impone el cariño; cariño inútil que agosta la fuerza de la vida. Todos por igual somos dignos de querernos y de ser por todos queridos.

De tal modo se exaltaba Torrecilla, con tal asombro algo receloso le escuchaban las nietas de la Sagrario, que hubo de intervenir, para atajarle, Serafina.

—Calla, hombre; tú no sabes lo que estás diciendo ni con quién estás hablando. Van á tomarte por loco.

Pero Antolín, en vez de callar, redobló el acento de convicción y siguió perorando.

Como Esteban le oía sin hacerle caso, parecióles á las niñas de Sagrario que aquella exaltación debía ser natural y frecuente en el ciego, y así dedicáronse también á oírle sin extrañeza ni recelo.

Pero entonces la inglesa dió señales de una discreta, imperceptible impaciencia; la mostró con muy leves movimientos. Al fin se levantó, y dirigiéndose á Alma le dijo en inglés algunas palabras.

Alma se levantó también, mirando á Esteban con rostro muy risueño, y llamó á sus hermanas.

—Lo más gracioso de todo—exclamó Gracia—es que aún no dijimos á lo que vinimos.

—Un poco más y nos marchamos sin decirlo.

—Que vayas por casa—dijo Alma al artista;—mamá Dolores quiere verte.

—Hay que pintar otro cuadro en el Museo—añadió Gracia.

Aliaga prometió ir al día siguiente.

Aún dieron las Sagrarios raudos revoloteos por el taller parlotando animadas y alegres; varias veces les dijo la inglesa que era ya hora de marchar. Ellas ronceaban remolonas, perezosas de volver á encerrarse en el palacón lúgubre. En aquel taller pobre, medio desmantelado, hallaban la alegría del vivir juvenil, de la existencia llena de gracia y de encanto.

Al fin tuvieron que despedirse; tres veces se despidieron porque después de cada despedida hallaban algo nuevo que antes no habían observado, y era preciso verlo, curiosarlo. Ya era un boceto metido en un rincón, ya eran unos cacharros de pinceles.

Salieron. El taller quedó silencioso. Antolín permaneció en él mientras Aliaga iba á despedir á sus amiguitas y Serafina á la inglesa. Al quedarse solo, el ciego sintió un bienestar, una placidez profunda.

Pronto entró el artista; con él vino Serafina.

—Es suerte la de usted, señorito. No hay otro caso que pueda semejarle. Cada día de Dios un encargo.

—¿Qué sabes tú de esto y á qué llamas tú tener suerte?

Y con acento de feroz iracundia, con violenta sacudida de to-

do su cuerpo altó, esbelto, gallardo, levantando al cielo la hermosa cabeza rubia cuyas guedejas de oro se encrespaban en rizos, gritó:

—¡Soy el ser más desgraciado de la tierra! ¡Esto es horrible, horrible!

Y dirigiéndose al rincón en donde Antolín estaba quieto como una estatua, clamó bramando:

¡Arte mercenario! ¡Arte limosnero! ¿No es verdad, Antolín, que esto es horrible?

Antolín, ante aquella furiosa y airada pregunta, sólo halló para respuesta una sonrisa suave, tierna, irónica... Sobre la faz pálida, aquella sonrisa era una contracción glacial y triste de los labios.

Aliaga, á largos pasos, recorrió el estudio de un rincón hasta el rincón opuesto. Cogió un lienzo que arrimado á una pared estaba, y lo llevó para arrimarlo en la pared opuesta. Después miró la puesta de sol que estaba pintando; sentóse ante ella y cogió pincel y paleta; parecía dispuesto á continuar tranquilamente su obra; pero de repente, sin soltar ni el pincel ni la paleta, púsose en pie, y encarándose con Serafina, que, roja de estupor, permanecía ante la puerta, le dijo:

—¿Quién tiene la culpa de todo esto? ¿Quién la tiene? ¿Eres tú? ¿Es mi madre? Contesta, contesta.

—Calle, señorito, no se ponga de ese modo; es ofender á Dios, que le protege.

—¿Es que yo no sirvo para otra cosa que para copiar cuadros del Museo? Ten sinceridad, Antolín—y al decir esto púsose frente al muchacho de Torrecilla, siempre con el pincel y con la paleta en las manos como si fuese un arma para acometer y un escudo para defenderse de acometidas,—mucha sinceridad. ¿No sirvo para otra cosa? Dímelo, quiero que me lo digas. Tú eres honrado, tú eres sincero. A ti te creeré siempre. Dímelo, dímelo. Si yo no sirvo para otra cosa, ahora mismo, sin perder un minuto, cojo todos estos mamarrachos y les prendo fuego, cojo todos los colores y los tiro por la ventana, cojo los pinceles y hago con ellos lo que hago con éste.

Y al decirlo, el pincel que tenía empuñado lo rompió en dos pedazos. Quedóse con la paleta, es decir, con el escudo solo.

Al oír el chasquido del pincel al romperse, Antolín volvió á sonreírse, y con una voz muy dulce, muy fina, como si no pretendiera ser oída, dijo:

—Tú lo quisiste.

—¿Qué quise yo?

—Venderte.

—Mira que no estoy para que me insultes.

—¿Para qué me preguntas? Yo te respondo.

—Yo no te pregunto eso.

—Ya..., ya..., ya sé lo que me preguntaste. Si servías para algo más que para hacer de copista en el Museo.

—Eso. Responde, responde.

Y pedía en su furia con todo ahinco la respuesta del ciego. Parecía cifrarse en ella su suerte, todo su porvenir, todo su destino.

—Es tarde; ya estás cogido en las redes. Revuélcate de ira, de despecho, de rabia; ya no te sueltas; tú lo quisiste. Guillerma te llevó de la mano, porque fué ella, fué ella misma la que te condujo. Y tú y ella, los dos juntos, caisteis en el lazo que os tendía la suerte, la buena suerte de unos encargos. ¡Pobre Guillermina si te viese ahora!

Y lanzó una carcajada feroz, salvaje.

—No seas cruel con la desgracia, hombre—dijo Serafina.— Para éste es una desgracia ganar un puñado de pesetas.

—Ya salió la traficante, ya está aquí la prendera—dijo Aliaga, descompuesto de ira, rojo de coraje.—Yo no trafico, yo no soy un mercachifle. ¿Se ha visto nada más simple que estas tres niñas? Verdaderamente son tontas. ¿Y para qué me las mandan? Vamos á ver: su mamá ¿para qué me las manda? ¿Para que yo me enamore y me case? ¿Es para eso, Serafina?

—Yo no sé nada, señorito.

—Tú lo sabes, tú lo sabes todo; tú vas y vienes, entras y sales. Tal vez en todo esto anda tu mano. Tal vez son mangoneos tuyos y de mi madre.

—Cálmese, señorito.

—Pues tú y mi madre y todo el mundo se lleva chasco; antes ser miserable, antes ser un pobre pidiendo limosna. Antolín, llévame contigo á pedir limosna.

—¿No te la dan ya en casa de Sagrario?

—¿Qué dices? Si lo repites, te mato.

Abalanzóse sobre el ciego con los brazos en alto, blandiendo la paleta llena de colores revueltos, abigarrados.

Serafina le detuvo cogiéndole con fuerza.

—Que no me insulte—dijo sentándose, calmándose lentamente.

La sedación del arrebató comenzaba.

Cuando Serafina le vió encalmado, tendido en el sofá paticojo, salió del taller sin decir una palabra, calladamente, sigilosamente.

Debió transcurrir mucho tiempo; tal vez transcurrió una hora cuando comenzó á ensombrecerse, con la luz del crepúsculo, el taller de Aliaga. Éste seguía tendido en el sofá paticojo; Antolín parecía dormir en el rincón; en aquel rincón dormitaba muchas veces en las lentas horas de la tarde.

Oyóse un rumor que parecía una pregunta sorda, soñolienta. Era Esteban que preguntó á su amigo si dormía.

—No, no duermo. ¿Qué quieres?

En la pregunta sorda y en la respuesta clara se comprendía que todo el rencor de la pasada escena se había disipado como nube que cruza por el cielo.

—Quiero que me digas una cosa.

Antolín esperó que le dijese qué cosa. Esteban también parecía esperar que le dijese algo.

—¿Voy ó no voy á casa de la marquesa del Sagrario?

—Vas. ¿Ahora salimos con esas?

—¿Y si no fuera?

—Serías una bestia.

—¿Y eres tú luego el que dice?..

—Yo no digo nada.

Levantóse Torrecilla; fué lentamente hacia donde la voz de su amigo sonaba y sentóse en el sofá crujiente, al lado de Aliaga.

—Hablemos despacio—dijo Antolín al sentarse.

—Lo que yo quiero precisamente: hablar despacio.

—Comencemos. ¿Responderás lealmente?

—Pregunta.

—¿Tienes fe en ti mismo? O de este otro modo: ¿tienes fe en tu arte?

—No me faltó nunca.

—¿Estás dispuesto á obedecerme?

—¿Obedecerte?

—¿Verdad que es extraño que yo te pida obediencia?

—Sigue; á mí no me extraña ni me sorprende nada.

—Pues bueno. Te digo que yo soy fuerte y tú eres un pobre diablo.

—¡Antolín!—dijo el artista en tono de reconvención graciosa.

—Sí, señor: un infeliz, un pobre hombre con muchos aires de fuerte, de inexpugnable.

—¿Qué quieres que haga? Vamos á ver tus planes.

—Son de lo más sencillo y simple que puedes imaginarte. Mañana vas á casa de la marquesa y le preguntas: «¿Qué quiere usted, señora?» Y ella te responde: «Quiero que me pinte usted un cuadro para tal ó cual parte.» Y tú le respondes: «Estoy á sus órdenes.» Y ella entonces te dice: «Bueno, muy bien; ya sabía yo que era usted un buen chico; me ha dado usted ya pruebas muy grandes de ser un buen chico.» Tal vez entonces llame á sus nietas, y vengan sus nietas y te hagan muchas zalemas y muchos mimos. Bueno; ya están sus nietas, y tú, que eres un bonísimo chico, preguntas á la marquesa: «¿Y qué es lo que usted desea, señora?—Pues yo lo que deseo—te dice muy satisfecha y muy confiada porque tú ya te has puesto á sus órdenes,—lo que deseo es que usted me copie el cuadro tal ó el cuadro cual del Museo del Prado.» Y entonces tú le dices: «Muy bien, muy bien, señora; ese es un cuadro hermoso, un cuadro digno de ser copiado, y yo le copiaría; sólo que hay un pequeño inconveniente.» Ella enton-